

al abrir la ambulancia y observar a quien solía sacar a los heridos de bala para salvarles la vida. Julián estaba inconsciente.

Diana y la madre llegaron una hora después. Doña Laura se pasaba horas acariciándole el rostro.

-Julián ha perdido el sentido y es poco probable que viva -les decían los médicos.

Por la mañana, Julián sufrió un paro cardíaco. Su vida dependía de los equipos a los que estaba conectado. Pero no había nada que hacer. Ni el entonces director del hospital, Jorge Iván Ospina, se atrevió a ordenar una cirugía por el daño irreparable del cerebro.

Doña Laura sentía que su corazón se despedazaba cuando autorizó desconectar los tubos y declarar oficialmente la muerte de su hijo.

El día de la muerte de Julián hubo una gigantesca marcha estudiantil, que fue interrumpida por disparos desde una camioneta de vidrios oscuros. Volvió el rechazo y otra vez hubo súplicas de buscar a los culpables de los asesinatos de Jhonny, de Julián y de otros tantos universitarios, todos ellos unidos por un cinturón de fuego, por un cinturón de disparos, por un cinturón de muerte.

Junio de 2007

La ceguera

María Teresa Llano'

Emiro trabajaba en la empresa Carvajal y Compañía. Se desempeñaba en el cargo de Kardex, manejando una serie de repuestos; cada uno de éstos tenía una referencia y cada referencia se componía de diez a doce letras o números para definir si era tornillo, tuerca, resorte, cierre o alguna otra cosa. Emiro memorizaba todas esas referencias, utilizadas para mandar repuestos a todo el país.

Un día se percató de algo que le venía sucediendo, algo a lo que no le había prestado mayor importancia porque pensó que era consecuencia del cansancio. Cuando iba a anotar la referencia de alguno de los repuestos, notó que un 3 se le convertía en un 8, o que una "a" también se le parecía a un 8. Debido a esto se decidió por empezar un seguimiento con el Seguro Social.

- Eso no me sirvió para nada, ellos me mandaban gafas y gafas y gafas, pero no servía de nada -dice Emiro, refiriéndose a lo que él pensaba era un mal funcionamiento de parte del Seguro Social.

Un día, mientras le contaba a un amigo del trabajo lo que le pasaba, éste le contó de un doctor muy bueno en esos asuntos, el doctor Barraquer, que vivía en Bogotá y tenía mucha fama como oftalmólogo. Emiro, tras pasar un tiempo, y con sus ojos empeorando todos los días, pidió sus vacaciones y decidió ir a Bogotá acompañado de su esposa Bernarda. Habían pensado quedarse máximo diez días, pero las cosas se complicaron y tuvieron que posponer su regreso a Cali, pues los oftalmólogos que trabajaban con Barraquer descubrieron que sufría de "retinitis pigmentosa": una enfermedad en la que se va perdiendo el campo visual y sólo se puede observar lo que se tiene al frente, algo así como si estuviera mirando a través de un pitillo. A los lados no se puede ver nada.

¹ Cali. 1982. Egresada de Ingeniería de Sistemas. Universidad Icesi, Cali.

Eso fue en 1985, cuando Emiro tenía cuarenta y cinco años. A raíz de esto se encerró en su casa, pues Carvajal, la empresa donde llevaba trabajando veinte años, decidió pensionarlo y no correr el riesgo de trabajar con una persona con esa discapacidad, y mucho menos correr con los gastos de una posible rehabilitación, imposible en su caso porque la enfermedad era progresiva y con el tiempo iba a perder la vista totalmente.

Mientras todavía podía ver y distinguir formas, Emiro empezó a viajar con su cuñado, que vendía confitería por todo el Cauca. De esta forma lograba distraerse, pero para él ya todo había cambiado. En uno de esos viajes se dio cuenta que existía un instituto llamado Asoliv, una asociación de y para limitados visuales, donde ayudaban a las personas con una discapacidad visual en su rehabilitación.

Tras pensarlo mucho, resolvió entrar a aquel instituto, pues él, que siempre había sido una persona muy independiente, ya no soportaba la idea de tener que estar a merced de los demás.

Pasado el tiempo se hizo socio y vicepresidente del instituto. Un día mataron al presidente por robarle una plata de un proyecto y Emiro asumió la presidencia. Al completar el período lo reeligieron por dos años más. Este nombramiento generó en él una gran responsabilidad y satisfacción, porque estaba a cargo de muchas personas que tenían problemas muy parecidos a los suyos, a las que podía brindar su ayuda. Gracias a las capacitaciones de pedagogía que recibió de parte del Sena, Emiro pudo desempeñarse muy bien en las áreas de lectoescritura en braille, ábaco, desplazamiento y movilidad (o sea aprender a andar en la calle y con bastón).

-Para mí eso fue todo un proceso -señala- Todo en la vida cansa, y uno en la casa a cada rato diciéndole a la mujer "lléveme, tráigame": y a mi nieta lo mismo ("lléveme, tráigame"), y el día que uno más quiere ir a alguna parte, si la persona está ocupada, uno no puede hacer nada y tiene que quedarse ahí.

Cuando Emiro entró a Asoliv tuvo que enfrentarse con el proceso de movilidad después de haber aceptado por completo su discapacidad. Algunas veces los doctores les dan esperanzas a los familiares y a los discapacitados, y por esta razón los invidentes no aceptan el hecho que están ciegos y no ven la necesidad de enfrentarse a estos procesos. Por eso pasan los años y nunca llega la cura.

Cuando Emiro empezó el proceso, lo acompañó Bernarda. El trabajo tenía el nombre de microplaneación y el primer paso era enfrentarse al discapacitado con su realidad.

—¿Usted por qué está aquí? -pregunta la trabajadora social.

-No..., pues porque yo quiero rehabilitarme -contesta un invidente.

- ¿y qué te gustaría ser?

- Pues, yo quiero ser médico.

"En ese momento es cuando lo enfrentan a uno con la realidad": dice Emiro.

- Pero si usted es ciego, usted no puede ser médico.

"Estrellarse con la realidad al principio, cuando uno es ciego, es algo muy duro. Es allí cuando uno tiene que cambiar el concepto que tiene de la vida".

Emiro recibió mucho apoyo de su familia pero, al igual que cualquier otra persona, tenía momentos de rabia y de depresión, pues el hecho de tener que volver a aprender a escribir, a leer, a contar y caminar por la calle era algo que no podía aceptar tan fácilmente. Después de esta etapa, siguió con el proceso de movilidad que empezaba con el conocimiento del bastón y el reconocimiento de todos los lugares del Instituto. Luego aprendió a caminar en línea recta y en curva. Dos años le tomó todo el aprendizaje.

Emiro siempre que está en algún lugar crea un mapa mental del sitio, aprende cuántos pasos hay de tal lugar a otro, si es por la derecha o por la izquierda, y se guía por ruidos y olores.

- Por ejemplo, si yo vaya su casa, llego, me abren, entro, me acomodan en un sitio. Mientras hacen eso voy tratando de observar por donde se mueve la gente, porque puedo ver sombras. Veo a las personas como bultos negros, aunque a veces son muy confusos. Entonces observo los espacios por donde van y vienen, por si hay alguna emergencia me pueda movilizar. No dependo de nadie, yo puedo moverme solo -dice.

Para empezar el trabajo en la calle Emiro se quedaba sentado en la puerta del Instituto, familiarizándose con los ruidos de los carros, motos, aviones, taladros, etc. Le daba la vuelta a la manzana con la ayuda de su bastón, haciendo un movimiento llamado "arco" por los discapacitados visuales: la punta del bastón se va moviendo de lado a lado, de hombro a hombro.

- Este es el espacio que una persona lleva cuando está caminando -explica- o No se puede ir boleando el bastón por todas partes, porque hay personas que pueden estar caminando a los lados. Con el bastón se detectan los obstáculos y se tiene que ir concentrado.

Luego de esto, aprendió a montarse solo en un bus. El instituto queda en la tercera con cuarenta, y para que Emiro pueda volver a su casa debe ir hasta la tercera con treinta y cuatro para coger el bus Verde Plateada. En el trayecto llega a la treinta y nueve, que es doble vía. Muchas veces cuando va solo por la calle encuentra personas que lo ayudan, pero hay otras que no. En este momento empieza a jugar con su oído, para saber si viene un carro o no. Su habilidad es impresionante: apenas baja el pie del andén arranca sin titubear.

-Uno no puede amagar, tiene que darle de una. Hay que darle seguridad al que venga en carro o moto de esquivarlo a uno, en caso tal de que se me fueron las luces y no me la haya pillado bien -dice Emiro.

Distingue los buses por el motor que traen atrás; según él, el ruido que hacen estos motores es diferente al ruido de un carro normal que lo trae adelante. Cuando se sube, ubica los asientos con el bastón. Algunas veces le colaboran, otras va tocando los puestos y así se da cuenta donde debe sentarse. Cuando el bus arranca, Emiro siempre sabe por donde va gracias al mapa mental que ha hecho de la ruta.

- El bus se viene por la 34, en la quinta están las líneas férreas, las paralelas, o sea los rieles del ferrocarril; como allí hay una subidita, entonces uno sabe por donde va; eso es una guía para uno. Cuando pasa la octava, enseguida está Lloreda, dónde se hace el jabón y huele como a coco; después de eso llego a la doce, donde hay un parque que huele mucho a hierba cuando llueve; cuando no llueve es más difícil ubicarlo, pero allí hay un semáforo y en la quince hay otro semáforo; yo los voy ubicando cuando el bus para. Después de la quince se llega a la galería y el olor se percibe de una. Cuando llego a la autopista hay como un tobogancito, y es cuando me levanto y vaya la parte de atrás para que cuando arranque avisarle al conductor que pare en la siguiente esquina y me deje allí -dice describiendo su ruta.

A veces no se va en el Verde Plateada, sino en el Cañaveral 4, porque el otro se demora hasta 40 minutos en pasar; este lo deja más lejos, atrás de Comfandi, así que le toca hacer un recorrido más largo.

De ida al Instituto es igual porque el mapa mental de la ruta es el mismo.

Pasado un tiempo Emiro vio la necesidad de meterse a un programa llamado "prestaminta", pues los lugares donde va no solo son el Instituto y su casa. En este programa aprendió a defenderse moviéndose por otros espacios de la ciudad. Aprendió a trabajar con las yemas de los dedos para poder escribir; también aprendió a distinguir olores y sabores, a distinguir la sal del azúcar, el alcohol de la gasolina; por eso cuando pasa por una estación de servicio, le huele a gasolina, por una panadería, le huele a pan, y le ayuda mucho para ubicarse.

-Cuando uno ve, no le para bolas a esas cosas. No es que uno desarrolle los sentidos cuando tiene una discapacidad física, sino que antes no les paraba bolas -dice.

Toda la vida Emiro ha tenido como hobby el baile, y hace tres años y medio que pertenece a una academia de tango y milonga;

Ha hecho presentaciones en el teatro Jorge Isaacs, en Popayan, y en el teatro al aire libre Los Cristales.

Cuando los médicos dieron el diagnóstico de la enfermedad los psicólogos notaron que él tomaba las cosas muy tranquilo, que era muy consciente de lo que estaba pasando, pero se dieron cuenta que a la persona que debían manejar era a su esposa. Ella estaba muy mal y necesitó un poco de ayuda. El cambio de vida fue muy duro: pasar de estar trabajando y valiéndose por sí mismo a quedarse sentado. Fue muy difícil para todos en la casa porque Emiro pasaba horas en un sillón, se paraba, se acostaba, oía televisión, oía radio. Y no hacía nada más. Estos eventos fueron incomodando a su esposa y a su nieta. La situación se puso tirante por la acumulación del "lléveme, tráigame...". Fue un momento de crisis, que lo puso a pensar qué iba a hacer con su vida. Después de un tiempo entendió que tenía que seguir adelante, y fue allí cuando entró al Instituto para su rehabilitación. La fuerza que tomó en ese momento ayudó mucho a Bernarda. Él decidió empezar a hacer lo que más le gustaba, como escuchar música y bailar: esa fue la mejor terapia. Hubo un tiempo en que mantenía de mal genio debido al encierro, pero cuando aplicó este consejo que le dieron sus doctores las cosas mejoraron en su casa.

—Las demás personas son las que no lo pueden afrontar. Ellos son los verdaderos ciegos -dice Emiro.

Cuando está en la calle le dicen con voz de lástima:

—¿y usted cómo hace por la noche en la calle?

-¿Usted por qué no anda con su esposa o con su nieta?

—De pronto lo coge un carro.

Y, con una sonrisa, les responde que esos son los riesgos que tiene que tomar.

Cuando Emiro quedó ciego pudo identificar quiénes eran sus verdaderos amigos. Piensa que cualquier discapacidad, no solamente la de la visión, ayuda a reconocer la verdadera familia que se tiene al lado. Al empezar la enfermedad a causar efectos en su vista, notó un cambio de muchos de sus "amigos"; no les gustaba estar a su lado, le decían "pobrecito el cieguito": y esto lo hacía sentir muy mal.

Pero nunca se dejó vencer por esto, ya que hacía muchas cosas que otras personas no eran capaces de realizar.

En las presentaciones de baile con su grupo actúan como personas "normales"; sólo es un grupo que va a bailar y los aplauden mucho. Al explicarle a la gente que son ciegos, no lo pueden creer.

-¿Ellos son ciegos?

-No, no me vengan con ese cuento... pero si bailan muy bien -dicen al enterarse de su discapacidad.

Como la enfermedad era progresiva, llegó el momento en que perdió completamente el ojo izquierdo, y en el derecho tenía muy poca visión. Ya no podía ver el bulto negro y tuvo que empezar a Ubicar a las personas por la voz. En ese momento descubrieron que tenía una catarata interna, que se demoraba cinco años en madurar para poder retirarla e incrustarle un cristal; pero había un problema: podía quedarse ciego completamente o, por el contrario podía ganarse un punto de visión. Pasaron los cinco años y Emiro decidió operarse. Pensaba que de todas formas ya estaba ciego y si había posibilidad de ganar un punto ¿por qué no lo iba a aprovechar? Eso fue hace cuatro años y medio y ahora puede distinguir el bulto de una persona gracias al punto que se ganó con la operación. Aunque eso no quiere decir que la enfermedad haya parado: en cualquier momento puede perder lo poco que le queda de visión. Emiro utiliza gafas como me-

dida de protección, porque el cristal se puede quebrar al contacto con el mundo exterior.

—Me interesa que mis cosas no afecten a mi familia, yo no quiero ser un obstáculo para que ellos no hagan sus cosas; al contrario, busco que piensen que si yo lo puedo hacer, ellos también podrán. A mí no me importa no poder ver su apariencia física, ni las cosas del exterior, a mí lo único que me importa es que ellas estén bien, que Carolina estudie y que Bernarda siga con su modistería, eso es lo que realmente me importa -dice.

Por eso le dice a la Carolina que cuando sea profesional, antes que todo siga siendo buena persona. Emiro ha tenido experiencias incómodas en el pasado, sobretodo cuando va a buscar a altos funcionarios que miran a los discapacitados por encima del hombro, pasan por el lado y no los atienden, se aprovechan de que ellos no ven. La asociación en la que Emiro trabaja tiene una fotocopiadora en la gobernación. Con lo que produce, ellos se ayudan para los pagos de los profesores y demás gastos del Instituto. Asoliv no tiene ayuda del gobierno ni de la empresa privada; sobreviven con eso y con actividades de rifas, viejotecas y otras.

Un día lo habían citado a la gobernación por un problema que se había presentado con el operario de la fotocopiadora. La cita era con la doctora María Elena Carvajal. Cuando llegó, ella no estaba, se había ido para una reunión; lo citaron por segunda vez a las diez de la mañana al otro día y Emiro, como previendo que algo iba a pasar, llegó a las nueve. La secretaria de la doctora Carvajal no se encontraba, pero otra que estaba al fondo lo vio y le dijo:

—¿Usted viene de parte de Asoliv?

-Sí, señorita.

-¿Tiene cita?

-Sí, me dijeron que a las diez, con la doctora Carvajal.

—Pero ella acaba de pasar por aquí -dijo ella.

-Ah, ya... le agradezco niña -respondió, sintiendo mucha indignación frente a la actitud de la doctora.

Decidió irse y regresar al otro día acompañado de su secretaria, Rocío. Pensó que necesitaba ir con alguien que viera, para que no le volvieran a hacer algo parecido.

Emiro es una persona muy sincera y no soporta la humillación.

Por eso decidió enfrentar a la funcionaria, aun sabiendo que ponía en peligro la fotocopidora. Pensando que otra vez se iba a negar, esperaron hasta que la secretaria de la doctora se fuera, y cuando esto pasó tocaron a su puerta.

—¿Doctora María Elena?

-Sí, ¿con quién tengo el gusto?

-Con Cruz, Emiro. Yo vengo de Asoliv por lo de la fotocopidora, ayer teníamos una cita a las diez.

-Ah, es que yo no estaba -dijo ella.

- No, doctora, usted pasó por el lado mío, yo estaba allí sentado.

-Ah, usted era el que estaba allí... yo no lo conocía.

-Pero sí tenía un bastón ¿cómo no iba a saber que yo era el ciego?

-Ah, ¿con el bastón? Qué pena.

- Ese día, honestamente, reclamé sin pensar. Si esa vieja me iba a sacar de allí la fotocopidora, no me importaba; luego asumiría eso con la junta directiva, pero yo estaba peleando un derecho, una cosa que me parecía inhumana -dice con un tono de indignación-o Luego de eso me atendió y la fotocopidora sigue allí, pero después de lo que me pasó he optado por ir a todas mis citas con Rocío: es mejor amarrar los perros por delante. El valor de las personas no es ser un profesional: es ser gente.

Emiro no confía en las personas. Afirma que la mayoría se aprovecha cuando ven a alguien con este tipo de discapacidades. A él le ha tocado vivir situaciones de este tipo como la que le pasó con la funcionaria del gobierno. En una ocasión, quiso probar la buena voluntad de un taxista. A los invidentes les enseñan a distinguir las monedas por los tamaños y formas, pero los billetes no; por eso cuando va a algún lado siempre anda con sencilla. Ese día tenía un billete de veinte mil pesos en el bolsillo derecho de su pantalón, uno de cinco mil en el izquierdo y en el bolsillo de la camisa tenía dos billetes de dos mil pesos.

Calculaba que la carrera le salía por ahí en tres mil, o tres mil seiscientos pesos. Cuando se fue a bajar le preguntó al taxista:

—¿Cuánto le debo?

-Son tres mil trescientos.

Emiro cogió el billete de veinte mil, se lo mostró al taxista y le preguntó:

-Entonces ¿cuánto me tenés que devolver?

_ Te vaya devolver seis mil setecientos -dijo él.

En ese momento Emiro sacó los dos billetes de dos mil pesos y le dijo:

_ Tené, te regalo los setecientos. Usted es muy sillvergüenza, me ibas a robar, me ibas a bajar de diez mil pesos.

_ Entonces, si sabías cuánto tenías -dijo el taxista sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

_ Es que uno no es bobo, uno separa su plata, porque como ustedes son tan pícaros, por eso uno separa la plata.

Así, Emiro prueba a la gente, aunque él sabe que si no lo hace es culpa suya, no de la otra gente, porque él está ciego y en la gente no se puede confiar y, por lo tanto, debe atenerse a las consecuencias.

Junio de 2003